

DIA XXIII.

Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

EL CORAZON DE JESUS FUENTE DE GRACIA.

PUNTO PRIMERO. Apenas ha espirado el Redentor en la cruz, cuando se empiezan á ver los resultados de aquel sacramento de piedad, grande á todas luces, en que Dios se manifestó en carne: pues muchos de los que se encontraban alrededor de Jesus, al ver los prodigios que acompañaron, y siguieron á su muerte, se retiraron de allí llorando amargamente, é hiriendo sus pechos de dolor, no habiendo faltado quien dijese en alta voz, que aquel difunto era el Hijo de Dios ¹. Eran estos resultados visibles de la redencion la expresion sensible del gran misterio escondido á los soberbios, y oculto á los ojos carnales, de la derrota del demonio y de la destruccion del pecado, que Jesucristo habia conseguido con su muerte. Porque, abolida ya la culpa, y ligado aquel que engañaba á los hombres, empezaba á abrirse aquella época feliz, de la cual habia dicho el mismo Jesus á los que le perseguian de muerte, que entonces conocerian, que era él el enviado por el Padre para redimir al mundo ².

Y ¿cómo pudiera suceder de otro modo? ¿Cómo podria faltar la palabra de Dios, que es mas firme y

¹ Luc. cap. 24. v. 48.

² Joan. cap. 8. v. 28.

estable que los cielos? *Un dia vendrá*, habia dicho el Señor por un Profeta, *en que derramaré sobre los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia: y pondrán su vista en mí, á quien traspasaron* ¹. *Y en aquel mismo dia habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar las manchas del pecado* ². Porque, así como la pasion de Jesucristo es un tejido de misterios, quiso Dios manifestar á los hombres con un evento lleno de arcanos celestiales, que habia empezado para ellos el tiempo de la ablucion de los crímenes pasados, y de la regeneracion de sus almas, abriéndoles la fuente que les tenia prometida, la fuente de la cual habia dicho Jesucristo en alta voz, que podian acercarse á beber de ella cuantos tuviesen sed ³, y cuyas aguas tomadas una vez, formarán una fuente que saltará hasta la vida eterna ⁴.

En efecto, Jesus ha derramado la sangre hasta por los poros de su sagrado cuerpo, sudándola en las agonías del huerto: despues la ha derramado por la espalda con cinco mil azotes: la ha derramado de sus augustas sienes, taladradas con agudísimas espinas: al fin la ha derramado de sus manos y pies, cruelmente agujereados con los clavos. Mas ¿estaban completas las fuentes del Salvador, de las cuales los hombres tomarian llenos de gozo aguas de vida eterna? Faltaba aún abrir la fuente misteriosa, que brota del cuerpo ya difunto, yerto, y glacial, del cual solo por un prodigio podrá salir una sola gota de sangre: faltaba la fuente, que habia de manar, no solo un arroyo de sangre, sino otro de agua

¹ Zac. cap. 12. v. 10.

² Id. cap. 13. v. 1.

³ Joan. cap. 7. v. 37.

⁴ Joann. cap. 4. v. 14.

purísima: faltaba el manantial, que saldría lleno de fuego abrasador, por venir del asiento de todos los afectos, del lugar de todas las afecciones, de allí donde viven el amor, la ternura, la compasión, la piedad y misericordia, del Corazón amantísimo del Salvador. ¡Ah! Había reservado Jesús para su Corazón el darnos el agua, que nos regenera y lava del pecado en el bautismo, y junto con ella, la sangre, que, tomada con fe y piedad en la Eucaristía, nos da la vida eterna.

¡Ah, Señor! Ahora que tu Corazón ha dado la última sangre que te quedaba, brotando junto con ella un río de agua cristalina, es cuando comprendemos, por qué te afanabas tanto, para que se cumpliese en ti el bautismo de tu propia sangre, con que habías de ser bañado, porque tenías en tu amante Corazón encerradas todas las gracias de los sacramentos, que habían de santificar al mundo, y formar una Iglesia pura, inmaculada, toda hermosa y perfecta ¹. ¡Con cuánta razón exclamaba el Profeta, diciendo que en Dios está la fuente de la vida! ² ¡Con cuánta los cortesanos del cielo dan al Cordero de Dios, que ha abierto el libro de los secretos divinos, loor y alabanza! ¡Ah! Si no reconocemos nosotros que, sin los sacramentos, que han salido del costado de Jesús, recibidos dignamente, nada podemos, y no nos acercamos á la fuente de aguas que nos lava de las culpas, que es el sacramento de la Penitencia, ni aplicamos nuestros labios á la sangre que engendra

¹ De latere aqua et sanguis emanant, sacramenta in æternum duratura, quæ universalem Ecclesiam fœcundant. (Div. Cyprian. Serm. de Pass. Domin.)

² Psalm. 35. v. 10.

en el alma las virtudes, no seremos participantes del triunfo, que Jesús consiguió del mundo, del demonio, del pecado y de la muerte.

PUNTO SEGUNDO. Aunque Jesucristo no sintió la lanza cruel, ni padeció dolor alguno por la llaga abierta en su costado, no es esta menos meritoria, que las que ha recibido en vida, por tenerla prevista, y haberla aceptado por nuestro amor, y ofreciéndola al Eterno Padre: pero entre tanto, es la que compendia en sí todas las heridas, que han hecho á Jesús los hombres inhumanos, la que expresa con viveza los ardores de su caridad infinita, y la que ha resuelto el triste problema, que impedía al hombre la entrada en el paraíso; porque, abierto el costado de Jesús, nos queda franca la puerta á su sagrado Corazón, y una vez introducidos en él, nadie podrá arrancarnos de su amor: y *libres del pecado y hechos siervos de Dios, tendremos nuestro fruto en santificación, y por fin la vida eterna* ¹.

¡Qué valor no inspira á los hombres, el solo pensar que el Dios de infinita grandeza se ha dignado hacerse su hermano, y ocultar los resplandores de su gloria en un cuerpo como el suyo, que entrega á verdugos crueles; y que permite que le den muerte afrentosa, y despues se deja abrir una gran llaga en su Corazón, para que acudan á Él con confianza! Nuestra dicha es inefable, estando ciertos de que Dios nos ama: nuestra salud eterna está asegurada, desde que Jesús nos pone de manifiesto el camino, para ir á buscar en su Corazón la gracia de que necesitamos, para vencer á nuestros enemigos. Grande es nuestra miseria, muchas son nuestras necesida-

¹ Roman. cap. 6. v. 22.

des; pero mayores son los remedios que encontramos en el Corazon divino: allí vive la sabiduría para enseñar á los ignorantes; allí es el centro de la fortaleza para robustecer á los débiles; allí reside la eterna luz, que ilumina á todo sér racional, el consuelo para los tristes, la medicina para los enfermos, la paz para los atribulados, y la salud para todos. ¡O Corazon sapientísimo, fortísimo, dulcísimo y amabilísimo! Si necesitamos socorro, Él es la virtud: si tememos la muerte, Él es la vida: si deseamos ir al cielo, Él es el camino: si huimos de las tinieblas, Él es la luz: si buscamos alimento, Él es comida ¹.

¿Quién pudiera imaginarse, que Jesus reservaba en su Corazon tan abundante tesoro de gracias? Es el templo de Dios, el santuario celestial, el arca del testamento, lo que se nos muestra; es el Corazon del rey, del hermano y del amigo, lo que hemos hallado. ¡O bondad, ó clemencia! Es nuestro el Corazon de Aquel, á quien dia y noche alaban los Serafines, teniéndose por dichosos de que sus alas sirvan de escabel á sus piés sagrados. A su lado son como una arista los troncos de la tierra, y á su paso se inclinan con reverencia los collados del mundo, y con solo nombrarlo, huyen hasta el fondo del abismo las potestades adversas. Es Jesus nuestro hermano, que ha ennoblecido nuestra naturaleza degradada: es nuestro amigo, que nos ha descubierto todos los secretos de su Padre. ¿Temeremos las fatigas de esta vida, cuando su Corazon es nuestro descanso? ¿Permitiremos que nos devore el ardor de la concupiscencia, cuando de este Corazon cae un torrente de aguas vivas? ¿Sucumbiremos á la debilidad, cuando

¹ Div. Ambr. lib. 6. Examer. cap. 4.

del Corazon de Jesus brota la sangre que nos nutre, y da fuerzas hasta para morir por su amor, y pelear contra el pecado?

Seguramente, si hasta hoy han prevalecido contra nosotros el mundo, el demonio y la carne, es porque no hemos querido entrar en este Corazon, mortificando los sentidos del cuerpo y refrenando los apetitos desarreglados del alma. *Reconozca el pecador el costado, que, por él y para él, se ha abierto, sin haber querido entrar en él* ¹. Si no damos un paso mas en la virtud, lo debemos á nuestra tibieza en no acercarnos á esa *divina fuente, de donde mana la suavidad de las misericordias y todo el afecto de la piedad* ². Decidámonos pues de una vez á renunciar á los vanos deseos, y sirvamos á Dios en santidad y justicia, yendo á tomar el agua de la gracia en el Corazon de Jesus.

DOCUMENTOS.

Refiérese en la vida de la Beata Margarita María, que un dia el Divino Salvador se la apareció, y la dijo que publicara, por todos los medios posibles, las ventajas de la devocion á su sagrado Corazon, añadiéndola estas palabras: *Recomienda esta devocion á las personas que viven en medio del mundo, como un medio seguro para conseguir de mí un verdadero amor de Dios, y como el mas apto para mover á compuncion los corazones mas endurecidos.*

¹ Div. Aug. tract. in Symbol.

² Div. Ciprian. Sermon. de Passion. Dom.

MÁXIMAS.

No es posible tener devoción al Corazon de Jesus, que vivió afligido y desconsolado por espacio de treinta y tres años por nuestros pecados, sin mirar con horror la culpa, que lo tuvo herido espiritualmente toda su vida, y lo traspasó con una lanza despues de muerto. ¿Cómo toleraremos la division de nuestros afectos entre Dios y el mundo, sabiendo que Jesus nos ama con todo su Corazon, y que el mundo es enemigo suyo? Pero, para adquirir y radicar en nuestras almas la devoción al sagrado Corazon de Jesus, es necesario que entremos dentro del nuestro, como dice un Profeta ¹, huyendo de los espectáculos vanos y perjudiciales. Prometamos, pues, al Señor, no acudir á reuniones y diversiones donde pelagra la inocencia, empleando aquel tiempo, que los mundanos malgastan, en leer y meditar la pasión de Cristo.

AFECTOS.

¡O Jesus mio! no merezco yo que tú me descubras tu Corazon, pues ha sido el mio tantas veces habitacion de escorpiones. Pero, ¡ó hermosísimo Redentor de mi alma, láyame mas y mas de mis iniquidades, para que, purificado por tí, pueda habitar en tu Corazon, y hacer siempre tu santísima voluntad ².

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

¹ Reddite prævaricatores ad cor. (Isai. cap. 46. v. 8.)

² Div. Bernard. Tract. de Pass. Dom. cap. 3.

*Principio Paz - Pacem relinquo
vobis - Pacem meam do vobis - Pax
vobis*

DIA XXIV.

Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

EL CORAZON DE JESUS PAZ DE LAS ALMAS.

PUNTO PRIMERO. ¡Qué dicha, qué ventura reinaba en la tierra, mientras duró el período de la inocencia! Tenia el hombre paz con Dios, y concordia consigo mismo, no viendo en derredor de sí nada que le contradijera, ni en su interior nada que lo turbara. Pero, ¡ó calamidad! Habia caido del cielo un seductor y tentador lleno de ira infernal, *armado de una gran espada, y resuelto á arrancar de la tierra la paz* ¹; y lo consiguió, incitando al hombre á la rebelion, y consumándola éste con menosprecio de aquel Dios amabilísimo, que trataba al hombre como á su criatura predilecta, como á su hijo, y á quien debiera éste haber amado como á Padre, adorado como á Dios, reverenciado como á Criador, y temido como á Juez remunerador. Concluyése por tanto, la dulce armonía que unia al cielo con la tierra, y aquel pacífico consorcio, con que debian vivir unidos en el hombre el cuerpo y el espíritu, la razon y el sentido; porque el hombre desobedeció á Dios, á quien *nadie ha resistido sin perder la paz* ².

¹ Apoc. cap. 4. v. 4.

² Job. cap. 9. v. 4.

Mas, adoremos los arcanos de la sabiduría infinita, y bendigamos sus misericordias sin fin: pues si de un corazon altivo salió la ruptura, que condenó á los hijos de Adán á ser hijos de ira, hijos de venganza y de infierno, del Corazon dulcísimo de Jesus procedió la pacificación entre Dios y el hombre, quedando para siempre ratificada y firme una nueva alianza, y dándosele al mismo tiempo los medios para dominar la fiereza de sus pasiones, *llenando su corazon y su inteligencia de la paz de Dios, que excede todo entendimiento*¹. ¡Ah! Nadie podia restituir al mundo su dicha perdida, sino aquel que por su sangre mató las enemistades en sí mismo, y viniendo, evangelizó paz á los que estaban lejos, y paz á los que estaban cerca, dando á todos entrada al Padre celestial². Y era esta paz la que, descendiendo del cielo con el Hijo del Eterno, ocuparia toda la tierra, desde los montes mas altos hasta sus mas humildes valles³, notificándola él mismo á su pueblo, estendiéndola por todos sus confines, y desterrando de ellos al perturbador del mundo.

(1) Y en efecto, apenas se deja ver Jesus entre los hombres, se manifiesta en sus palabras y obras, que es aquel, que *tiene sobre ellos pensamientos de paz y no de aflicción*⁴, y que viene á celebrar con ellos el prometido pacto de paz⁵, pues no salen de sus labios sino palabras de suavidad: ni quiere que sean de otro espíritu, las que profieran sus apóstoles al publicar su Evangelio, no permitiéndoles que entren ni permanezcan en parte alguna, sin que lleven con-

¹ Philip. cap. 4. v. 7.

² Ephes. cap. 2. v. 16, 17.

³ Psalm. 84. v. 9, et 147. v. 14. ⁴ Jerem. cap. 29. v. 11.

⁵ Ezeq. cap. 34. v. 25.

(1) *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus*

sigo la paz¹. ¡Ah! Era este el riquísimo tesoro, que Jesus habia sacado de su propio Corazon: y como de su posesion pende toda la felicidad humana, al retirarse del mundo para volver á su Padre, no quiso dejarnos otro. *La paz os dejo, mi paz os doy*, dice á sus discípulos²; y al decir estas palabras ¡qué cambio tan admirable iba á verificarse en el mundo! Habia levantado el hombre un muro que lo dividia de Dios, y Jesus lo iba á derribar: existia entre Dios y su criatura predilecta un caos de tinieblas, y Jesus lo iba á disipar: gritaba el crimen al cielo, pidiendo venganza contra el hombre, y Jesus iba á ahogar sus voces, y apagar el fuego de la ira del Padre con su sangre: Satanás acusaba sin cesar á los hombres miserables, y Jesus lo iba á encadenar. ¡Cuánto beneficio! El paso del infierno obstruido, el camino del cielo abierto, el hombre perdonado, el pecado abolido, Dios desagraciado, la guerra concluida. ¿Qué restaba pues al hombre? La paz: la paz, que sale de lo mas íntimo del alma de Jesus; la paz, que reside en su Corazon, pues es la suya propia, y no otra, la que deja á los hombres, despues de haber aplacado á su Padre.

¡O amabilísimo Jesus! no basta un Corazon para amarte, ni todas las voces del mundo para alabarte: en la guerra que tenia la humanidad declarada al cielo, todos nosotros debiéramos ser sacrificados, á no haber querido Tú dar tu vida por todos. Viviamos separados de Dios por el pecado, privados de su gracia, sin derecho á su gloria, y destinados á aquel lugar de eterna discordia y de horror sempiterno, y con tu muerte nos diste paz, y nos mereciste gra-

¹ Matth. cap. 10. v. 13.

² Joan. cap. 14. v. 27.

cia y felicidad sin fin. O pacificador del cielo, amante de los hombres, bienhechor de tu pueblo, adóntente los ángeles y los hombres, bendígate los cielos y la tierra, y todas las criaturas.

PUNTO SEGUNDO. La concordia que el Príncipe de la paz, Jesucristo, estableció con su muerte entre su Padre y la humanidad, se extiende á cada uno de los individuos del género humano, pues ni uno solo ha existido ni existirá, que no pueda decir con el Apóstol: *Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó á sí mismo por mí*¹. Quería Jesus ganar para sí á todas las almas, no exceptuando á ninguna de su amor y misericordia; pues á todas se dirigia cuando decia lleno de suavidad: *Venid á mí cuantos os sentís agravados por el pesado fardo de vuestras iniquidades, que yo os aliviaré y os daré mi ley de caridad y de paz, carga ligera, yugo suave para quien me ama*. Porque en realidad, cuando los profetas decian que caería sobre el alma santificada la paz como un río caudaloso², y que *se desposaría Dios con ella para siempre en fe, en justicia y misericordia*³, hablaban de aquellas almas felices, que tuviesen la ventura de dar oídos á los acentos de amor, que salen del Corazon de Jesus.

Sí, *Jesucristo es nuestra paz*⁴, y quiere que la tengamos completa con su divino Padre, conservando con esmero la estola de la inocencia, y la caridad que nos infunde en el bautismo, y nos hace amigos y queridos suyos; y desea que la tengamos con nuestro propio corazon, dándonos los medios, para que resistamos con una tranquilidad impertur-

¹ Galat. cap. 2. v. 20.

² Isai. cap. 66. v. 12.

³ Ose. cap. 2. v. 19.

⁴ Ephes. cap. 2. v. 14.

bable al enemigo, que anda siempre en nuestro derredor, buscando los medios de devorarnos. Y por eso nos dice que nos da una paz, no como la promete el mundo á sus amadores, anunciándola con palabras de adulacion y lisonja, y constituyéndola en la posesion de bienes caducos, en la afluencia de placcres engañadores, y en el bullicioso tumulto de las diversiones; sino una tranquilidad de corazon, que consista en que esté éste todo ocupado por el amor de Jesucristo, y vea las cosas de la tierra tales cuales son, vanidad, humo, sonido pasajero, afliccion del espíritu, concupiscencia de la carne y orgullo de la vida: las cuales debe despreciar como á enemigas del Dios á quien ama, y como destructoras de la dicha, que este le ha procurado con tanta solícitud.

¡Qué copiosa es la paz de los que guardan con amor la ley de Dios! ¡Qué profunda é inalterable es la calma del alma, que recibe las suaves influencias del Corazon divino! Tenemos que luchar contra los *principados y potestades, contra los rectores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus de maldad en los aires*¹; pero pasaremos seguros por medio de todos los enemigos, sin temor á sus dardos inflamados, porque *Dios lleva á sus escogidos sobre alas de águilas como cosa suya*². Cierto es, que tenemos que sacrificar aquellos objetos que son mas caros á nuestro corazon, dejando por amor de Jesucristo padres, hermanos y amigos; pero todo esto no es nada, cuando sabemos infaliblemente que todo esto cien veces doblado, se nos dará en este mundo, y además la vida eterna. Debemos morir á nuestra

¹ Ephes. cap. 6. v. 12.

² Exod. cap. 19. v. 4.

vida carnal, sujetando el cuerpo con sus vicios y deseos corrompidos; pero vemos en lontananza un peso de gloria inmortal, coronas, lauros y delicias inefables, que Dios nos prepara en su posesion eterna. ¡Qué dicha, que felicidad! El Dios de paz y caridad es nuestro bien. *¿Quién nos condenará, dándonos Él la paz de su propio Corazon?*¹.

¿Seremos por tanto tan insensatos, que busquemos la paz en los entretenimientos mundanos y en la satisfaccion de los sentidos? ¡Desgraciados de aquellos, que pretendan sosegar los gritos de su conciencia, que los reprende por su vida licenciosa. ahogándolos en el tumulto de los espectáculos, ó entre los vapores de las diversiones mundanas! No hallarán paz, porque no la hay para los impíos; y si por desgracia vive su corazon tranquilo, á pesar de estar en guerra contra el cielo, tiemblen; porque *el día del Señor vendrá como un ladrón de noche, y cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina..... y no escaparán*². Detestemos esta paz nociva de los impíos, y huyamos de aquella que pretenden tener muchos cristianos, queriendo servir á un mismo tiempo á Dios y al mundo, cumpliendo tibiamente, ó abandonando los preceptos de la ley santa del Señor, y siguiendo con todo rigor las exigencias del mundo, su lujo desenfrenado y sus modas, destructoras de la inocencia y de la pureza. ¡Ah! Los que viven de este modo, no sirven á Dios, sino á su vientre, ni tendrán la paz del corazon, que va acompañada siempre de mansedumbre, fe, modestia, continencia y

¹ Job. cap. 34. v. 29.

² 1.^a Thesal. cap. 5. v. 2. 3.

castidad, que son los frutos del Espíritu de Jesucristo¹.

EJEMPLO.

—
A quien tiene la paz del corazon, que da el amor de Jesucristo, nada lo turba, aunque por su gloria tenga que sacrificar sus bienes, su honor y su vida. Refieren los actos de los mártires, que la gloriosa santa Inés, instada fuertemente á que aceptase la mano de un esposo, so pena de perder su rico patrimonio y la vida, contestó llena de calma, que *tenia un Esposo celestial, que la habia vestido de riquísima túnica, realizada de oro, y la habia adornado con inmensas alhajas, dándola su anillo, y decorándola con inestimable corona: amenazada con que sería conducida á donde perdiese la virginidad, de que tanto se glorriaba, nada temo, contestó, porque tengo por custodio de mi cuerpo un ángel del Señor. Conducida, por fin, al suplicio, ya tengo, dice, lo que deseaba, ya veo lo que esperaba, ya vivo unida en el cielo al que tanto he amado en la tierra. Y al levantar el verdugo la cuchilla, ella misma aparta su hermosa cabellera, y presenta su cuello de nieve: lloraban todos, y ella se alegraba: temblaba el ejecutor del suplicio, y la niña de trece años estaba serena como un ángel*². ¡Ah! ¡Qué paz tan inalterable da al corazon del justo el amor de Jesus!

¹ Galat. cap. 5. v. 22.

² Div. Ambros. lib. 1. de Virginit.

PROPÓSITOS.

Para tener nosotros esta paz, no hemos de esperar á que vengan los lances supremos, pues no se llega á lo heroico de las virtudes, sino despues de haber combatido mucho para vencerse á sí mismo con la gracia del cielo. Prometamos al Señor reprimir nuestro amor propio, y dominar nuestra ira en las contradicciones domésticas; pues haciéndolo así, nos dispondremos á pelear por amor de Jesucristo; y ayudados de sus auxilios, combatiremos contra el mundo entero, si este se levantase contra nosotros, y lo venceremos.

AFECTOS.

O Jesus amoroso, os tengo ya, porque os habeis dignado recibirme, y no os dejaré. ¡Dichoso yo, que descanso bajo la sombra del que ocupaba todos los deseos de mi corazon! ¡Oh! ¡Qué dulce es el fruto de él para mi paladar! ¹

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

¹ Cantic. cap. 2. v. 3.

DIA XXV.



Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

MEDITACION.

EL CORAZON DE JESUS REFUGIO DE LOS PECADORES.

PUNTO PRIMERO. Era tan grande el atractivo del semblante de Jesus, y se derramaba con tanta abundancia la gracia de sus divinos labios, que se encontraba casi siempre rodeado de innumerable pueblo, y le seguian las turbas á los desiertos y despoblados, trascurriendo algunas veces dias y dias, sin pensar estas ni aun en tomar alimento; porque todos pasaban el tiempo como extáticos, oyendo su doctrina celestial, y sin hartarse jamás de contemplar aquel rostro apacible, aquellos ojos modestos, y aquella frente serena y majestuosa, en la cual brillaba un rayo de virtud mas que humana; y por esto, los que oian sus palabras con corazon recto, decian al ver sus obras: *Nunca se vió tal cosa en Israel* ¹. Mas, ¿qué ve en Jesus este tropel de gentes, además de su suavidad y hermosura, para que lo vayan siguiendo por todas partes con una especie de fuerza irresistible? ¡Ah! Un espectáculo para ellos nuevo y desusado, una amabilidad desconocida en la tierra, un cariño propio de solo Dios, que quiso conversar con los hombres: *Jesus recibe á los peca-*

¹ Matth. cap. 9. v. 33.